



**Fiesta de la Asunción de la Virgen,
Basílica de Santa María, de Elche
15 de agosto de 2018**

Queridos hermanos: en la celebración de esta Eucaristía nos adentramos en el corazón de la Fiesta que la ciudad de Elche dedica anualmente a su patrona, la Virgen de la Asunción.

En la oración colecta de hoy, se nos recuerda lo que celebramos; dirigiéndonos a Dios, le decimos: “has elevado en cuerpo y alma a los cielos a la inmaculada Virgen María; madre de tu Hijo”. María ya goza de la plena visión de Dios y en ella se anticipa el destino al que estamos llamados todos nosotros. El Misteri que se escenifica aquí, en Santa María, desde hace más de cinco siglos, nos ofrece, en un marco artístico y musical único por su belleza, un mensaje de esperanza, una maravillosa transparencia de la solemnidad que celebra la Iglesia.

La fiesta de hoy nos recuerda el último tramo del viaje que María empezó inmediatamente después del saludo del Ángel en la Anunciación. Tal como acabamos de oír en el Evangelio de Lucas: “En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá”. Hoy la vemos encaminarse hacia la montaña de la Jerusalén celestial para encontrarse con el rostro del Padre y de su Hijo. Hay que recordar que María, en el viaje de su vida, jamás se separó de su Hijo. La vimos con el pequeño Jesús huyendo a Egipto, luego llevándolo, siendo él adolescente a Jerusalén, y durante treinta años en Nazaret cada día lo contemplaba guardándolo todo en su corazón. Luego lo siguió cuando abandonó Galilea para predicar en ciudades y pueblos. Estuvo con él hasta los pies de la cruz. Esta unión fue tan profunda que es deseo suyo incontenible el estar con él. Deseo de reunirse con él, tal como lo expresa en los inicios, primeros compases delo Misteri, en la Vespra:

“Ai, trista vida corporal!

Oh, món cruel, tan desigual!

Trista de mi! Jo que faré?

Lo meu car Fill, quan lo veuré?"

Hoy, en la Festa, la vemos llegando a la montaña de dios, "vestida de sol, con la luna a sus pies y tocada con una corona de doce estrellas" (tal como leíamos en Apocalipsis, en la 1ª lectura), y entrando en el cielo, en la celeste Jerusalén. Fue la primera de los creyentes que acogió con singular plenitud la Palabra de dios, es la primera que es acogida en el cielo. Fue la primera que tomó en brazos a Jesús, ahora es la primera que es tornada en los brazos del Hijo para ser acogida en el cielo. Ella, humilde muchacha de una aldea en las periferias del Imperio, se convirtió en la primera ciudadana plena del cielo.

Es un gran misterio que hoy celebramos. Es el misterio de María, pero también es el misterio de todos nosotros, el misterio de la historia, pues por el camino de la ascensión que abrió María se encaminan también los pasos de todos aquellos que unen su vida al Hijo, del mismo modo que lo hizo María.

Si al inicio de la historia, Adán y Eva fueron derrotados por el maligno, en la plenitud de los tiempos, Jesús y María, el nuevo Adán y la nueva Eva, derrotaron definitivamente al enemigo. Sí, con la victoria de Jesús sobre el Mal, también cae derrotada la Muerte interior y física. Y se cruzan en el horizonte de la historia la resurrección del Hijo y la Ascensión de la Madre. Escribe S. Pablo, (tal como hemos oído, en la segunda lectura): "Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida".

Mirando al mundo, especialmente en estos tiempos de fuerte conciencia del mal, se apunta constantemente a cómo se descomponen las cosas, a lo efímero que es todo, especialmente a la disolución a nivel familiar, educativo, cultural, y a los múltiples dramas que aqueja a nuestra Humanidad. El Apocalipsis alude a la lucha que se da en el mundo. La Iglesia y nosotros estamos en ella. Pero frente a la muerte con la que nos amenaza "el dragón" y que tiende a paralizarnos en nuestro camino de santidad, presentándolo como imposible o inútil, tenemos la vida obtenida por Jesús y que, especialmente hoy, se manifiesta en María. Ella nos precede —a toda la Iglesia—, y, como se indica en el mismo Prefacio,

ella es consuelo y esperanza para todos nosotros, todavía peregrinos en la tierra.

La Asunción de María al cielo con el cuerpo nos habla de nuestro futuro. Con la fiesta de hoy se podría decir que empieza la victoria plena de la resurrección; empiezan el cielo nuevo y la tierra nueva que anuncia el Apocalipsis. El Magnificat de María puede ser nuestro canto, el canto de la Humanidad entera que ve cómo el Señor se inclina ante todos los hombres y mujeres, humildes criaturas en sus dramas y necesidades, y los asume consigo en el cielo.

Es lo que ocurre en los últimos compases de la representación del Misteri, en plena apoteosis en la que se canta a la Trinidad –el Gloria-, y, mientras nosotros quedamos siguiendo con la mirada a María, vuelto nuestro ser hacia lo alto. A donde ella entra; una sutil lluvia dorada que cae del cielo nos envuelve, signo sugerente de la gracia divina, signo del amor de María, que se sigue derramando por su intercesión; ella, nos ayuda desde el cielo, para que nosotros realicemos su mismo camino, de deseo y seguimiento de Jesús; un camino sin miedos y seguros del amor de Dios que nunca defrauda. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.